

Un fin de semana

A*

Peter Cameron

Un fin de semana

Traducción de Álvaro Marcos

Primera edición, 2018

Título original: *The Weekend*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

The Weekend, © 1994 by Peter Cameron

© de la traducción, Álvaro Marcos, 2018

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-55-3

Depósito legal: B. 15.916-2018

Impreso por Reinbook, serveis gràfics, S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Para Norberto

El autor quiere manifestar su agradecimiento a Andrew Cameron, James Harms, Stephanie Gunn, Sheila McCullough y Victoria Kohn, así como a la MacDowell Colony.

Catherine pensó: si viajamos juntos, tal vez llegue por fin a conocerlos, porque hasta ahora no he dejado de equivocarme y han resultado ser diferentes a lo que pensaba. ¿Cómo llega uno a saber cómo es la gente? (...) Quizá nunca lo sepamos; quizá las personas son inaprensibles y se escurren como se escurre el agua entre las manos, cambiando todo el tiempo.

ROSE MACAULAY, *Staying with Relations*

La violencia se acumula en lugares pequeños: una habitación, una cama, un guante.

JAMES SCHUYLER, «El Niño Jesús de Praga»

Durante los minutos siguientes a la salida del sol, el mundo permanecía calmo y quieto y todo lo humano parecía muy lejano, como si la marea se hubiera retirado. Marian dejaba a John y a Roland durmiendo en la casa y cruzaba el césped húmedo que descendía hasta el río, descalza, en camisón.

No podía afirmar si el río era aún más bonito por la mañana, porque en las tardes serenas en las que se tornaba de color púrpura y parecía que el agua dejaba casi de correr, como si formara un cardenal al final del prado, podía llegar a hacerla llorar. Por la mañana, sin embargo, no había nada sentimental en ello. El río fluía profundo, frío y resuelto; cristalino y curativo. Marian caminaba curso arriba hasta un rincón apartado en el que varios árboles habían caído formando una tranquila poza de fondo arenoso. Metía los pies en el agua y avanzaba un poco antes de zambullirse y empezar a nadar. Lo hacía delicada, casi subrepticamente, agitando apenas el agua, dejando que fuera la propia corriente la que la impulsara. Después se tumbaba un rato sobre el embarcadero, sintiendo el frescor del agua que corría

bajo ella y la calidez aún tenue del sol en ascenso, sintiéndose a sí misma y a su cuerpo, yaciendo de algún modo entre ambos. Compacta y limpia, viva.

Después llegaba el momento en que intuía que John o Roland se habían despertado. Era solo la sensación de que la casa ya no dormía. Entonces se incorporaba y comenzaba a caminar hacia ella. A medida que ascendía por el césped la invadía un estremecimiento de felicidad. Su casa, su jardín, su río... le proporcionaban tanto deleite; todo era tan hermoso, cada piedra, cada ventana, cada hoja.

El placer era tan intenso que casi dolía.

Robert llegaba tarde y, durante unos minutos, Lyle temió que hubiera cambiado de opinión y que no viniera. A Lyle le parecía que aquello tenía todo el sentido del mundo: había sido absurdo, pensó, asumir que vendría. De hecho —consiguió convencerse—, era un alivio. Fue entonces cuando lo vio corriendo, atravesando el abarrotado vestíbulo de Grand Central, pero solo por un momento, antes de desaparecer de nuevo para volver a emerger luego entre el gentío, cada vez más cerca. Y cada vez que la figura de Robert reaparecía entre la multitud, más próxima y más grande, las dudas de Lyle disminuían, hasta que Robert se plantó junto a él, sonriendo y resoplando, y las dudas de Lyle desaparecieron.

El tren iba lleno y no pudieron sentarse juntos. La aglomeración irritaba a Lyle, a quien le gustaba pensar que cuando se escapaba de la ciudad lo hacía solo. Tener que hacerlo acompañado de un cargamento de domingueros de atuendo radiante y aferrados a sus bolsas llenas de vino y *baguettes* le aguaba la fiesta. Desde su asiento en el pasillo, junto a una mujer que llevaba un vestido sin mangas y estampado de porcelana Delft,

Lyle podía ver, tres filas más adelante, la nuca de Robert. Sintió un poco de celos porque a Robert le había tocado junto a un chico joven y atractivo, que llevaba pantalón corto y botas de montaña. Se pondrán a hablar, flirtearán y se enamorarán, temió Lyle, pero hasta donde alcanzaba a ver, todavía no se habían dirigido la palabra.

Lyle se había traído el periódico, pero se sentía demasiado disperso para leer. Miró por la ventana —más allá de la mujer del vestido, que estaba leyendo la revista *Elle*— y contempló el río, que fluía en dirección opuesta al tren. Aquello no tenía nada que ver con cómo se había imaginado el viaje. Había pensado, ingenuamente, que el tren iría vacío, que Robert y él irían solos, sentados uno al lado del otro, o quizás uno enfrente del otro, charlando tranquilamente mientras el río corría a su vera y el tren lo dejaba atrás. Lyle quería haber aprovechado el viaje para preparar a Robert, para hablarle de sus amigos, John y Marian, en cuya casa iban a pasar el fin de semana. También para hablarle un poco de Tony, porque no había manera de hablar de John y Marian sin hablar de Tony. Todo estaba conectado. O lo había estado.

Los dos hombres que viajaban sentados frente a Lyle se bajaron en la estación de Croton. Lyle tiró sus bolsas sobre los dos sitios vacíos y avanzó por el pasillo para ir a buscar a Robert. Mientras se aproximaba, vio que Robert estaba charlando animadamente con el montañero. Lo sorprendieron de nuevo la juventud y la belleza de Robert. ¿Tiene ese aspecto cuando habla conmigo?, se preguntó. Perdió la calma y, en lugar de decirle a Robert que fuera a sentarse con él en los sitios que estaba guardando, le dijo:

—Voy a la cafetería. ¿Queréis algo? ¿Un café?

—Sí, un café —respondió Robert.

—¿Y tú? —preguntó Lyle al montañero, como si fueran todos amigos—. ¿Te traigo un café?

—No, gracias —respondió el joven.

Lyle apretó el brazo de Robert —breve, posesivamente— y continuó andando por el pasillo. La sensación del contacto cálido y jugoso de la piel de Robert permaneció con él, como si fuera el de una fruta que todavía sostuviera en su mano. Cuando regresó, unos minutos después, Robert estaba leyendo una revista y el montañero miraba por la ventana.

—Hay dos sitios libres ahí atrás —dijo Lyle—. Ven a sentarte conmigo.

—Vale —dijo Robert, poniéndose de pie y cogiendo sus bolsas—. Hasta luego —le dijo al montañero, que le sonrió y asintió.

La mujer del vestido estampado bajó la revista y los observó acomodarse en sus nuevos asientos. A la gente no le gusta que se le siente nadie al lado, pensó Lyle, pero siempre se ofende si te vas y la dejas sola. Lyle le pasó a Robert un café de la bandeja de cartón que había traído, en la que también había un pastelito danés envuelto en plástico.

—Te he traído esto también —dijo Lyle—. No sabía si habías desayunado.

—Sí —respondió Robert—, pero gracias.

—¿De qué hablabais? —preguntó Lyle.

—¿Qué?

—Con el montañero. Con el que estaba sentado a tu lado.

—Ah. Me ha preguntado que dónde me corto el pelo.

Luego me ha contado que se va a hacer senderismo a Monadnock.

—¿Por qué te ha preguntado dónde te cortas el pelo?

—No lo sé. Supongo que le ha gustado el corte. También tiene que cortárselo. Su novia era quien solía hacerlo, pero lo han dejado.

—¿Dónde te cortas el pelo?

—En ningún sitio en concreto. Me lo corta gente diferente. Este corte me lo hizo una mujer de Skowhegan.

Robert sacudió coquetamente la cabeza para mostrarlo. Tenía un pelo muy bonito, largo y muy negro, y un corte sin capas, de una rectitud casi atroz. Parecía ser el único rasgo de su belleza del que era consciente y del que se vanagloriaba, quizá, un poco. Robert dio un sorbo a su café y dijo:

—¿Cuánto queda?

—¿Para llegar allí? Un poco todavía. Una hora por lo menos —respondió Lyle.

—Estoy nervioso —dijo Robert.

—¿Por qué? —preguntó Lyle.

—No lo sé. Siempre me pongo nervioso cuando voy a conocer a gente nueva. Háblame de ellos.

Un delicioso escalofrío estremeció a Lyle. Está pasando lo que quería que pasara, pensó. Por un momento sintió el resto de su vida desplegándose de ese modo, ordenada y resplandeciente, con la facilidad de quien se deja caer, pero la sensación de caída despertó también el terror con el que solía contemplar el futuro. Robert estaba desenvolviendo el pastel. Lyle esperó a que le diera un bocado.

—John y Marian son las personas más agradables que

conozco —comenzó—. Son mis mejores amigos, sobre todo Marian.

—¿Desde cuándo los conoces?

—John y yo éramos compañeros de habitación en la universidad. A Marian la conocí durante el posgrado. Así que hace ya mucho tiempo. Unos veinte años.

—¿Fuiste tú quien los presentó?

—Sí —dijo Lyle—. Diría que fui yo, de manera indirecta.

—Qué romántico —dijo Robert—. ¿Quieres un poco? —añadió, ofreciéndole el pastelito.

—Vale —respondió Lyle.

Su apetito no iba dirigido al pastel en sí, sino al mero acto de compartirlo. Se inclinó hacia delante y le dio un mordisco.

—Está malísimo —dijo.

—Sí —respondió Robert, bajando el pastel—. ¿Y qué hacen?

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a John y a Maryanne. ¿Trabajan?

—Es Marian —le corrigió Lyle—. M-A-R-I-A-N. Marian.

—Ah —dijo Robert.

—Es que odia que la gente la llame Maryanne —dijo Lyle.

—Me aseguraré de llamarla Marian —dijo Robert—. ¿A qué se dedican?

—Bueno, a nada realmente. John trabajaba para American Express, pero lo dejó el año pasado. Marian solía restaurar cuadros, pero no ha trabajado mucho últimamente, desde que se mudaron al norte del estado. Ninguno de los dos tiene necesidad de trabajar. Los padres de ambos eran riquísimos.

—¿Y qué hacen durante todo el día?

—Pues hacen... cosas. John tiene un huerto inmenso y Marian... Bueno, llevan una vida placentera, para ser sincero, pero lo hacen muy bien, ya lo verás. Nunca están ociosos. Y, claro, ahora tienen que cuidar de Roland.

—¿Roland es un niño?

—Sí —respondió Lyle—. ¿Qué iba a ser si no?

—No lo sé —dijo Robert—. Un poni, o un consejero espiritual.

Lyle se rio, si bien mostrando cierta desaprobación, pues sobre Roland no se bromeaba.

—No —dijo—. Roland es un niño. Es mi ahijado.

—¿Cuántos años tiene?

—Nació el verano pasado.

Justo después de que Tony muriera, pensó Lyle. La muerte de Tony y el nacimiento casi simultáneo de Roland lo enervaban ligeramente. Los vinculaba a ambos de una forma que él sabía que era absurda, pero que, aun así, si se lo permitía, lo hacía sentir incómodo.

—Roland tiene un año, más o menos. Le he comprado unas pinturas.

—¿Los ves mucho?

Lyle guardó silencio por un momento.

—Antes solía venir casi todos los fines de semana, con Tony. Pero no he subido en todo el verano. Esta es la primera vez.

—¿Por qué? —preguntó Robert.

—Bueno, he estado muy ocupado —dijo Lyle—. Estuve en Skowhegan, por ejemplo.

—Eso fueron solo dos días.

—Sí —respondió Lyle—. Pero este verano no me ha

apetecido mucho subir. Estaba a gusto en la ciudad. De hecho, tú has sido el catalizador. Estuve pensando en no ir.

—¿Por qué?

—Oh, por inercia, sobre todo. Y porque pensé que no sería tan divertido ir solo. O que yo no sería tan divertido, más bien.

—¿Y qué diferencia supongo yo?

Lyle miró a Robert. Robert lo miraba sin parpadear, con gesto expectante, aguardando.

—Una grande —dijo Lyle.

Trató de escoger sus palabras cuidadosamente. Quería ser preciso y honesto.

—Desde que te conocí, no estoy tan triste. Sé que estaba deprimido y supongo que sigo estándolo, pero la diferencia es que... Bueno, ahora puedo ver el final. O tener un respiro, al menos. No es como antes. Me asusta un poco, de hecho.

—¿Por qué? —preguntó Robert.

—Porque... —Lyle hizo una pausa—. Mi vida... Cuando has estado solo en la vida de la manera que yo lo he estado, puedes sentirte triste y abandonado, pero tienes el control sobre tu vida, porque te pertenece enteramente. Después, cuando conoces a alguien, cuando sucede algo como esto... sientes, uno siente, yo siento... siento que ese control se desvanece. Y eso me asusta.

—Puedes cambiar de opinión, si quieres —dijo Robert, mirando por la ventanilla.

—¿Sobre qué? —preguntó Lyle.

—Sobre esto, sobre lo de venir los dos juntos —Robert volvió el rostro hacia Lyle—. Quiero decir que lo entendería si lo hicieras. Puedo cogerme un tren de vuelta a la ciudad.

—No seas ridículo —dijo Lyle—. ¿Por qué iba a cambiar de idea?

—No lo sé —dijo Robert—. Solo quería que supieras que, si lo hicieras, estaría bien.

—No, no lo estaría —dijo Lyle.

—¿Saben Marian y John que voy?

—Claro que saben que vienes.

—¿Y no les parecerá raro?

—Claro que no —dijo Lyle—. Están deseando verme y parecían ilusionados de que fuera con alguien. Así tendrán que preocuparse menos por entretenerme. Será misión tuya, ya ves, tenerme entretenido.

Lyle cogió la mano de Robert y se puso a examinarla, como excusa para sostenerla.

—Tienes unos dedos muy elegantes —dijo—. ¿Tocas el piano?

—No —respondió Robert.

—Pues tienes dedos de pianista —dijo Lyle, besándolos.

Robert se mordió un labio para abortar una sonrisa y giró la cara ligeramente hacia la ventanilla, pero Lyle acertó a ver cómo su mejilla temblaba y se sonrojaba. Robert se volvió hacia Lyle y le dijo:

—¿Y qué hay de Tony? ¿Les gustaba?

—Claro que les gustaba —dijo Lyle, advirtiendo una repentina sequedad en su propia voz—. John y Tony eran medio hermanos —añadió.

Robert dejó de mirar por la ventanilla.

—¿Medio hermanos? —preguntó—. ¿Qué quieres decir?

—Eran hijos de la misma madre. Los padres de John se divorciaron y su madre se fue a vivir a Italia. Tony nació allí. Suena más complicado de lo que es. O tal vez no.

—¿Cómo lo conociste?

—¿A Tony? Había oído hablar mucho de él a John, obviamente. Cuando su madre murió, Tony se mudó a Nueva York. Yo estaba en casa de John y Marian pasando el fin de semana y Tony vino también. Así fue como nos conocimos.

—¿Cuándo fue?

—Oh —dijo Lyle, como si tratara de evocar una fecha vaga de su vida, no un punto de inflexión—, hace unos diez años.

—¿Estuviste con Tony diez años?

—Nueve —dijo Lyle—. Murió el verano pasado —Lyle hizo una pausa—. Murió allí, en casa de John y Marian —añadió, haciendo un gesto con la cabeza para señalar la misma dirección en la que viajaba el tren.

Robert no respondió.

—Lo siento —dijo Lyle—. No debería haberte dicho eso.

—Por supuesto que sí —respondió Robert—. Quiero saber.

—Bueno —dijo Lyle—, no sería justo, creo, no explicarte... cuál es la situación.

—¿Qué más debería saber? —preguntó Robert.

Lyle lo miró.

—Bueno —dijo—, muchísimas cosas, probablemente. Pero la mayoría ya las sabes. Lo esencial, al menos.

—¿Crees que puede ser raro que vaya contigo este fin de semana?

—No —respondió Lyle—, me alegro mucho de que vengas. Ya te lo he dicho: si no fuera por ti, no hubiera venido.

—Me refiero a John y Marian.

—Creo que se alegrarán de verme de nuevo con alguien. Estoy seguro.

—Pero esto debe ser duro para ti —dijo Robert.

—En cierta manera sí, pero también me hace ilusión. Es uno de mis sitios favoritos del mundo. Y no quiero que eso cambie. Nunca. Y me hace feliz que vengas conmigo. Lo digo en serio.

Lyle quiso tocar a Robert de nuevo, acariciar la piel tersa y pulida de su antebrazo, pero el gesto resultó ser demasiado consciente, demasiado deliberado y previsible. Como si fuera una acotación teatral: (*Toca el brazo de Robert*).

—¿Cómo son? —preguntó Robert.

—¿Quiénes? —respondió Lyle, que miraba muy concentrado los bíceps de Robert.

—John y Marian. De carácter.

—Bueno, a algunas personas John les parece maleducado o muy tímido, pero no lo es. ¿Sabes esa clase de gente que tiene una personalidad más grande que ella misma? Pues John es justo al revés. No se extiende hasta el último de los bordes de sí mismo. Requiere paciencia y tiempo conocerlo, pero el esfuerzo merece la pena. Es una de las personas más espontáneamente buenas que conozco. Es tranquilo, honrado y generoso. Me recuerda un poco a ti. Creo que te gustará mucho.

—¿Y Marian?

Lyle dudó si mencionar las pequeñas batallas de Marian con la depresión, pero pensó: no, sería injusto. Marian había vagado por un valle profundo y oscuro hacía algunos años y había intentado quitarse la vida dos veces, pero ahora estaba mejor. Ella misma lo decía. Así que Lyle decidió describir la Marian que esperaba que se encontrasen.

—Marian es una persona maravillosa. Es divertida, encantadora e inteligente. Es curiosa e interesante. Y es una amiga leal, una amiga de verdad.

El tren estaba llegando a una estación. La mujer del vestido estampado se había incorporado y estaba intentando coger una bolsa de viaje apretujada en el compartimento superior. Lyle se levantó y la ayudó.

—Gracias —dijo la mujer. Después cogió el resto de su equipaje y se dirigió a la parte delantera del vagón. El tren se detuvo.

—¿No es la nuestra, no? —preguntó Robert.

—No —respondió Lyle.

Fuera, en el andén, la gente se saludaba, abrazándose y riendo. Hacía un día precioso y caluroso de mediados de verano. La mujer del vestido estampado se puso un sombrero azul de paja y unas gafas de sol. Se quedó de pie en el andén, con sus bolsas arremolinadas a sus pies, esperando. Luego extendió los brazos desnudos a ambos lados y los levantó en dirección al sol, como si quisiera calentarlos o dar una bendición. El tren se puso en marcha de nuevo.

—Parecen muy agradables —dijo Robert—, John y Marian. Tienes suerte de tener amigos así.

—La tengo, lo sé —dijo Lyle—. Estaría perdido sin ellos.